

XXVI.

CLEOPATRA (*en su panteon*).

El noble Dolabela me escribe. Su carta dirá la verdad. Ha jurado no ocultarme los pensamientos del César, y no los ocultará. Mas ¿qué dice? Decidió resueltamente Octavio llevarme, animado trofeo, entre sus despojos, para que vaya como esclava á la capital de Occidente la que fué reina y señora y diosa del Oriente. Jamás. La vergüenza me subiria á la cara con tanta intensidad, que se conoceria este mi sonrojo allende la tumba. Yo soy hija del Oriente y de Grecia; yo pertenezco á la más ilustre raza, entroncada con los dioses. Alejandro está en mi genealogía, aquel Alejandro, en cuya presencia se pierden y en cuya lumbré se oscurecen todos los genios de la tierra. Los Ptolomeos, los oriundos de Macedonia, los padres de

cientos reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del humano pensamiento son mis progenitores, y con el resplandor de sus nombres me han legado su honra y su gloria. Yo he tenido altares en Roma, y los que se creen dueños de la tierra han visto levantarse mi efigie en sus templos, al lado de sus diosas, y le han ofrecido holocaustos. Yo he reinado en este Egipto, donde han venido los sabios como niños á deletrear misterios de la creación; yo en Libia, y en sus desiertos y en sus oasis, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia; yo en Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huía á los besos de Apolo y consagrada por ricas floras de ideas; yo en Chipre, donde Venus tuvo su más hermoso templo, y el amor su oriente; yo en Creta, que vió la transformación de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos que traían ya el resplandor del humano espíritu sobre sus frentes; yo en Siria, el vasto imperio de los selúcidas; yo en Fenicia, que ha enseñado á los hombres á fijar su pensamiento en las letras del alfabeto y á cambiar los productos del trabajo en las relaciones del comercio. ¡Cómo! La que ha visto pasar por su mente todas las ideas; la que ha tenido bajo su mano todos los reyes; la que ha conversado en los

mágicos altares con todos los dioses; la que ha compartido el ardiente lecho de Julio César y ha domesticado la fiereza de Marco Antonio; la que fué adorada en el templo romano de la Victoria y oída en sus santuarios de Alejandría como un oráculo; esta mujer que hablara con diez embajadores á un tiempo en diez distintas lenguas; esta mujer que conociera desde las matemáticas á la astronomía, y desde la historia de los animales hasta la historia del pensamiento; una sibila en los palacios, una musa en las artes, una amazona en la guerra, una maga en los sacrificios, va á ir como sierva entre despojos y trofeos, para divertir un momento en la Via Sacra á esos romanos, cuya corona estuvo á punto de fundirse al rayo abrasador de este genio! ¡O! No, Cleopatra; debes morir cien veces antes que presenciar tal afrenta. Si no te dejan envenenar con ningun tósigo, envenénate con tu propia hiel; si no te dejan rasgarte las entrañas con ningun puñal, rásgatelas con tus dientes y con tus uñas; muere al dolor, á la desesperacion, al odio, á la rabia, á la ira, á todos estos venenos juntos, los cuales deben caer como plomo derretido en tus entrañas. ¡Presentarme en su triunfo, atada quizá á su carro, objeto de compasion, yo, que fui desde mis primeros años ob-

jeto de envidia! Y celebrará Octavio con pompa la victoria en una guerra civil, victoria debida acaso á que Antonio no guardaba en su corazon el necesario odio á la infame Roma. Y para esto ha impuesto á sus conciudadanos ayer, hoy sus vasallos, el débil dictador tributos no pagados desde las espléndidas victorias de Paulo Emilio! Y él no necesitará pedir los honores del triunfo, ni á esa turba de eunucos que se llama el Senado romano, ni á esa otra turba de siervos que se llama el pueblo-rey. No estará años enteros, como Lúculo, sin poder entrar en el recinto de la ciudad, en el Poemerium. Octavio es cónsul, tribuno, pretor, pontífice, toda Roma, y por consiguiente toda la tierra. Los astros, los cielos, el aire y las aguas con sus innumerables séres, las sustancias de los campos, el fuego del sol y el fuego de los hogares, las ideas que discurren por la conciencia, y los dioses que se alzan por los templos, todo se ha desvanecido, para condensarse luego y reunirse en el frágil cuerpo de ese hombre, que exigirá á los mortales, al par de la obediencia ciega, la supersticiosa adoracion. Cleopatra se escapará á su poder por la puerta que conduce á toda libertad, por la puerta del sepulcro. Paréceme que veo la entrada en Roma de Augusto;

los árboles doblándose al peso de los curiosos; las orillas de la Via Flaminia henchidas por los pueblos rurales; los arcos de ramaje cortando á cada instante el paso; los innumerables aduladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; primero, carros cargados de estatuas, de aras, de efigies, de altares, de dioses, como yo vencidos, y como yo avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos recogidos en el campo de mis derrotas, chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesion y produciendo estridente sonido, que me desgarraria las entrañas; detrás, mis generales, mis amigos, mis cortesanos, reducidos á esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas de mis tesoros; luego, los lechos de marfil, las carrozas de pedrería, mi trono, mi alto trono, mis joyas y mis coronas; y delante del vencedor, arrastrado por su cuadriga y ceñido de sus laureles, yo, maniatada, á pié; caída desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos; señalada con rechifla y chacota por aquellas gentes que han temblado á mi sombra, y que me escupirian á la cara. Jamás. ¡Oh, no! Iras, Charmion, pronto, pronto, venid, corred á mi presencia.

IRAS y CHARMION.

Reina y señora.

CLEOPATRA.

Preparadme mi baño de leche de camellas. Apercibidme mi espejo romano de plata circuido de pedrería, en que pueda mirarme toda entera como en la superficie de un lago. Untadme despues el cuerpo con la cocodriléa y con la pasta de Rodas para aumentar su blancura. Disimulad los surcos de las lágrimas en mi rostro con pomada de habas, y traed pastillas de mirra y lentisco para perfumar mi aliento. Aparejad la blanca estola que debe caer desde mi cuello á mis plantas, como en las ceremonias de Isis y el manto de gasa negro sembrado, como la noche, con estrellas de oro. Entrelazad á mis trenzas ricas perlas de la India. Ponedme collares de esmeraldas y zafiros, tumbagas de todas las piedras conocidas, serpientes de oro en los desnudos brazos, eslabones de oro en los piés, y en mis orejas dos gruesos diamantes, parecido el uno al primer lucero de la tarde, y el otro al último lucero de la mañana. Y luego ceñidme á la frente mi corena de reina, unida á mi diadema de diosa.

IRAS.

¡Señora! ¿Has vencido á Octavio? ¿Vas á alguna nueva victoria?

CLEOPATRA.

Iras, he vencido el dolor. Voy á la muerte.

CHARMION.

¡Cómo se dibujan tus hermosas formas bajo la blanca túnica! ¡Cómo te realza el rostro ese manto negro, junto al cual pareces la luna entre las sombras! Mucho relucen tus joyas, que no podrían pagar todos los reyes de la tierra; pero más relucen aún tus ojos, de que han estado como suspensos los imperios.

CLEOPATRA.

Todo está preparado: mi lecho de marfil y oro en su puesto; la cabecera de púrpura bien mu-
lida; los pebeteros de ámbar encendidos á los cuatro lados y despidiendo misteriosas esencias; tendidas las alfombras orientales en los suelos;

las enseñas de mi familia flameando en las bóvedas; los cetros de los reinos que he regido amontonados en haces á mis plantas; colgados los exvotos de los pueblos en las paredes; erguidos los genios domésticos sobre las aras y encendidas las lámparas y las lucernas: ya sólo me resta tenderme y morir, como si en vez de acabarse una reina, se durmiera una diosa en su lecho de nubes, ó se extinguiese una idea en la humana conciencia.

IRAS y CHARMION.

¡Oh! ¡Morir! No. Mátenos antes á nosotras. El pecho se nos parte de dolor. No, no mueras. Aun puedes vencer.

CLEOPATRA.

No me desanimeis con vuestros suspiros, con vuestros sollozos, con vuestro llanto. Mostraos serenas y valerosas, puesto que vamos á morir las tres á un tiempo.

IRAS y CHARMION.

Si morimos las tres á un tiempo, ¡oh! enjugamos las lágrimas.

CLEOPATRA.

El áspid que ha de libertarnos está ahí. Con una sola picadura basta para morir. Lo aplicaremos primero á Iras, que morirá á mis plantas, y luego á Charmion, que morirá á mi cabeza, poniéndome antes de caer las coronas, que pesan demasiado, como todas las grandezas humanas, para soportadas y sufridas por mucho tiempo.

IRAS.

Trabajo ha costado burlar la vigilancia de los centinelas romanos, apostados para impedir tu muerte y conservarte al orgullo del César. Mas, gracias á mi industria, un campesino ha traído esta mañana un canastillo de mimbres cubierto de pámpanos y ocupado con una pirámide de higos. Y bajo los pámpanos está la víbora.

CLEOPATRA.

¡Oh, ricos frutos que pareceis flores, frutos preferidos de los atenienses, frutos que destilais olorosa miel! os han traído para conservar, alimentar, mantener la vida, y ocultais la muerte,

como todos los placeres, como todas las seducciones, como todas las delicias que nos llaman y nos atraen para poner asechanzas á la vida y acelerar el trance de la muerte. ¡Oh! morir es, por lo pronto, dormirse; y será mañana transformarse. Todo se transforma, desde el atomillo de polvo que levanta la orla de nuestro manto hasta la idea que estalla en el humano cerebro; y la muerte, ¡oh! la muerte es tambien una transformacion.—Iras, mira al cielo. ¿Cómo está?

IRAS.

Resplandeciente.

CLEOPATRA.

¿Y el mar?

IRAS.

Sereno, reverberando el sol en su rizada celeste superficie.

CLEOPATRA.

¿Y el campo?

IRAS.

Tranquilo como una égloga.

CLEOPATRA.

¡Oh! No saben todo lo que va hoy á morir en ellos. No saben que su alma se escapa. No saben que los jeroglíficos de su teología se caen como hojas secas. No saben que sus dioses espiran. No saben que se arruinan, como á impulsos de un terremoto, los templos consagrados á su culto. No saben que el espíritu panteista del Asia, disipado de las pirámides vacías, se lleva en sus alas toda su antigua risueña vida y todo su primitivo esplendor. Los sacerdotes dejamos el mundo entregado á esos jurisconsultos romanos, sin misterios es verdad, pero también sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosáicos testamentarios de nuestra historia, que han convertido las ideas del espíritu humano en el estercolero de una sola ciudad. Se acabarán los cánticos alegres, y vendrán las tristes lamentaciones; se despoblará de dioses la tierra, y vendrá el espíritu universal como viento fortísimo sobre mar encrespado; se acabará la antigua teogonía, y habrá ne-

cesidad de pedir arrodillados sobre las cenizas, comidos por la lepra, en eterna maceración y penitencia, una gota de rocío á los cielos, una nueva idea á la conciencia universal. En mi lecho mortuario se desploma un mundo. Los bueyes egipcios no mugirán; no ladrarán nuestros perros vigilantes á las puertas de los templos; no velarán nuestras astutas serpientes; y en nubes de cenizas se convertirán nuestros templos y en sombras nuestros dioses.

IRAS.

El lecho aguarda.

CHARMION.

El áspid abre su boca y muestra su hendida lengua.

CLEOPATRA (*tendiéndose en el lecho*).

Adios, juventud de la tierra, adios. Los faunos se ocultaban en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; los sátiros corrían, ébrios de vida, por los campos cubiertos de flores; en cada

recodo de los bosques un silvano enseñaba sus melodías á los céfiros; iban en las voluptuosas noches las ninfas cazadoras siguiendo con gozosos gritos la plácida carrera de la luna; el arroyo cantaba en tortuoso camino con la voz de las blancas náyades tendidas en sus clarísimos cristales; se elevaban del mirto y de las palmas, del oloroso tomillo y de la amarga adelfa, como cantoras abejas y pintadas mariposas, en legion hermosísima, risueñas divinidades; cada nube ocultaba un dios y cada ola una sirena; desde el astro perdido en el horizonte hasta la arena perdida en el desierto, tenia todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios del espíritu con la Naturaleza se veían en la frente de las perfectas estátuas: todo era amor y juventud en la tierra. Ahora, la sibila que anuncia una nueva edad, es pobre vieja, cuyos ateridos miembros sostiene el sol de Parthenope sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos, duros como el diamante, se gastan de mirar un nuevo tiempo allá en los abismos de la eternidad. ¡Roma! al arrancarme mi corona, te has arrancado tu corona; al cautivar mis dioses, has destruido tus dioses; al hundirme en la tierra, te has hundido tú misma; la nueva idea que elaboras te quebrará, como una

luz demasiado fuerte la frágil lámpara que la contiene, y derramándose en torrentes de fuego derretirá todas tus armas y pulverizará todos tus trofeos.

IRAS (*despavorida*).

Cleopatra, deben estar advertidos los romanos. Lllaman á la puerta.

GLEOPATRA.

Muerde. (*Aplica el áspid al brazo de Iras, que cae moribunda á sus plantas.*)

IRAS.

¡Qué dolor tan intenso! pero dolor mitigado por tu presencia, por la sonrisa de tus labios que me envían tu aliento, por la luz de tus ojos, más hermosa cuanto más se acerca hácia su ocaso.

GLEOPATRA (*aplicándose el áspid á su brazo*).

La serpiente del Nilo muere, pero sus misterios se entierran con ella; sus dioses lares la mi-

ran; su diadema le ciñe la frente; es diosa y reina todavía; se lleva en su alma los dioses del paganismo, y en su cuerpo la juventud de la tierra. (*Espira*).

LOS CORTESANOS DE CÉSAR (*entrando*).

¡Oh! La reina, con sus vestiduras sacerdotales, sobre lecho de marfil y oro, muerta en tranquilo sueño y más hermosa que en sus altares y en su trono. La virgen Iras tendida á sus plantas, exánime como una víctima inmaculada sobre el ara del sacrificio. La otra virgen egipcia sosteniendo con sus manos la diadema sobre las sienes de Cleopatra, y desplomándose á la mordedura del áspid con la solemnidad de una estrella que se apaga.

UN CORTESANO DE OCTAVIO.

¡Cuán hermoso es todo esto!

CHARMION (*espirando*).

¡Hermosísimo, digno de la muerte de una rei-

na y de los funerales de una religion! (*Espira*).

VOZ MISTERIOSA (*saliendo del mar*).

Las sirenas han desaparecido de mis olas. El dios Pan ha muerto. (*Se oye un inmenso sollozo*).